

se engarzan a distintas series de relaciones extra-textuales. Como dice Lotman: «Cualquier acumulación de recursos... no produce nada, ya que el mismo elemento material de un texto puede tener un sentido distinto, hasta opuesto, cuando entra en distintas estructuras del todo.»<sup>21</sup> El «todo» del que habla Lotman no tiene por qué limitarse, claro está, al texto. Antes bien, la constitución del texto como objeto de análisis, exige su inserción en un todo más amplio. O, en otras palabras, lo «interior» o lo de «dentro» (es decir, el texto), no puede ser constituido sin tomar una decisión previa sobre qué «exterior», que «fuera» es más relevante para su definición. En suma, texto y contexto nunca son separables; el uno siempre se encuentra invadido por el otro. Igualmente, el concepto de contexto no es algo «exterior», apartado del «interior»; más bien actúa sobre el texto, abriéndolo desde dentro. Por eso, Bennett afirma que es imposible decir nada significativo sobre el texto sin antes tomar una decisión sobre el contexto que se ha de utilizar para constituir aquel texto como objeto de atención crítica.<sup>22</sup> Tradicionalmente, se han aprovechado contextos como las intenciones y la situación del autor, los horizontes de lectura dados por el público lector coetáneo del autor y con menos frecuencia, los horizontes del lector no proyectado por el autor. Tras elegir el contexto idóneo, esta decisión nos ofrece no el «texto en sí mismo», sino una *concreta movilización contextual* del texto. Tanto es así que Bennett acaba sosteniendo que «nuestras afirmaciones sobre el “texto en sí mismo”, en otras palabras, siempre son afirmaciones acerca de qué contexto más apropiado debería regir su análisis».<sup>23</sup> Entonces, la batalla de lecturas en el fondo puede verse como una lucha para determinar qué contextos —materiales, institucionales, interpretativos— han de guiar la práctica de leer. Este cálculo ha estado bastante claro en el caso de la crítica marxista, cuya principal afirmación tradicional ha consistido en decir: el texto se hace legible y se rescata del error y de los malentendidos críticos mediante la aplicación científica del análisis marxista y su reinsertión dentro de las condiciones originales de producción —todo lo cual rescata y revela su sentido histórico objetivo. Bennett rechaza este tipo de crítica marxista por dos razones: la primera es que tales condiciones históricas a las que el marxismo pretende tener un acceso privilegiado, podrían proporcionar toda una serie de contextos según los cuales un texto concreto podría ser analizado. Es decir, *esta movilización contextual concreta del texto* se disfraza como «el texto en sí mismo»; la segunda, y como corolario, el principal efecto de esta maniobra, ha sido enmascarar la naturaleza activa e intervencionista de la crítica marxista y como dice Bennett: «ocultar a sí mismo y a otros su naturaleza ineludiblemente ideológica».<sup>24</sup> En suma, el reinsertar el texto dentro de sus condiciones originarias es simplemente otra intervención, otro recurso hermenéutico, tal como debería ser. Pero esto no justifica que el conocimiento derivado del análisis de su producción histórica sea aceptado como conocimiento del texto mismo.

Bennett acepta que tanto la lectura como las diferencias interpretativas están determinadas, pero no porque el texto mismo dicta las condiciones de su propio consumo. Éstas son dictadas, más bien, por aquellas prácticas sociales e institucionales que regulan la presentación y el funcionamiento del texto como objeto de debate y que especifican las reglas por las cuales el debate se lleva adelante. Si Bennett ataca el concepto del texto

<sup>21</sup> Juri Lotman, *The Structure of the Artistic Text*. (Ann Arbor, U. of Michigan Press, 1977), p. 95.

<sup>22</sup> Bennett, «The text in question», art. cit., p. 122.

<sup>23</sup> Bennett, *ibid.*

<sup>24</sup> Bennett, «Texts in history...», art. cit., p. 69.

autotélico de esta manera, no es con la intención de justificar el desmadre interpretativo, ya que el texto no está abierto a cualquier lectura o interpretación, como se ha dicho. Esto sólo sería posible si los fenómenos textuales pudieran desligarse totalmente de la historia de su producción y reproducción. Para Bennett, a diferencia de Eagleton, por lo visto, el problema no consiste en el lector imaginario que se ingenia interpretaciones todavía inexistentes; consiste precisamente en «la variabilidad de lecturas que se producen en relación al mismo texto».<sup>25</sup> Para Bennett, si conservamos el concepto de texto en sí mismo, habría que concluir —diría él, erróneamente— que esta variabilidad de lecturas sólo se explica de modo normativo, es decir, como una serie de distorsiones de una posible lectura *correcta* —lo cual no hace más que reforzar la idea del texto en sí mismo. Para evitar semejante peligro normativista, diría Bennett, hay que abandonar el concepto de texto autónomo.

Aquí, quizá, sería oportuno adelantar algunas posibles objeciones a la postura de Bennett. Para empezar, se podría objetar que Bennett —consciente o inconscientemente— parece conceptualizar el texto como objeto incognoscible, impenetrable, del cual es imposible producir un conocimiento sustantivo; lo que hay, según Bennett, y lo que existe como material de análisis, no es más que la suma de las lecturas del texto. Por tanto, Bennett parece salvarse de un esencialismo para luego caer en otro. Está claro que Bennett rechaza el esencialismo del texto como objeto autónomo y hasta cierto punto evita caer en la problemática neokantiana del texto como *Ding an sich* gracias a su insistencia en la necesaria *historización* del fenómeno textual, «la cual —dice— es incondicionalmente materialista y, por tanto, no admite espacio alguno donde el «texto en sí mismo» podría constituirse como objeto, conocible o no».<sup>26</sup> Al mismo tiempo, y respecto de la lectura y la teorización de las relaciones entre texto y lector, Bennett reconoce debidamente el valor de una aproximación importante al tema: la que analiza los mecanismos formales del texto para averiguar cómo construyen o crean una postura/un lugar para el lector. Sin embargo, sigue insistiendo en que los procesos intra-textuales no pueden especificarse con independencia de las determinaciones extra-textuales. Es decir, la lectura no puede explicarse únicamente mediante el análisis de los mecanismos internos y supuestamente «fijos» del texto, ya que éstos sólo aparecen o se vislumbran como tales a la luz de determinaciones inter-textuales y de decisiones tomadas por el lector, según el contexto dado. En suma, Bennett aboga por un sistema móvil en el que no hay línea divisoria entre lo «intra» y lo «extra» textual. No hay barrera que impida que lo extratextual influya en y reorganice lo intratextual.

Esto lleva a una segunda objeción posible, según la cual Bennett parece caer en —así como reforzar— la trampa «texto-contexto», como simple relación binaria. A este respecto, el texto se vería como fuerza determinante sobre el lector o bien como ente indefenso ante una hipotética avalancha de lectura. Semejante formulación, consistente en una oposición binaria escueta, depende, claro está, de una división teórica entre sujeto y objeto y de una explicación general muy rudimentaria de lo que constituyen la lectura y el conocimiento. Tal división también postula que después de quitar todas las capas que constituyen el envoltorio interpretativo del texto, se llega a un núcleo sólido —el hueso del

<sup>25</sup> Bennett, «The text in question», art. cit., p. 123.

<sup>26</sup> Bennett, «Texts in history...», art. cit., p. 71.

melocotón— al cual el análisis tiene acceso en una relación directa y transparente. Bien, si la postura de Bennett podría abrirse a tal objeción, por su crítica del texto en sí mismo (y para llevarla a cabo Bennett tiene que postular la existencia del texto autónomo), él —en su defensa— llamaría la atención a toda aquella diversidad de instituciones y actividades que determinan la lectura y el conocimiento, las cuales no pueden agruparse bajo una simple relación binaria. Por tanto, para ser consistente, Bennett tendría que argumentar que el texto sólo se define, sólo tiene existencia en relación con una serie de aparatos de limitación, como el sistema escolar, o el discurso crítico relevante a tal nivel de enseñanza; también tendría que admitir que el texto se organiza para la lectura, según otras series o sistemas de aparatos, como las formas genéricas y la familiaridad y las expectativas del lector para con éstas. Con estas cualificaciones, la relación binaria antes mencionada se disuelve rápidamente; además, el momento de producción del texto no puede considerarse como origen externo al cual el texto puede ser comparado o referido.

En todo este debate, entonces, el punto clave consiste en evitar la división simplista entre sujeto y objeto, así como también en reconocer que no puede haber un sujeto lector totalmente liberado. Por tanto, y repitiendo algo ya mencionado, no podemos hacer que el texto signifique lo que sea, ya que el sentido y la lectura son determinados por lo que Foucault llamaría una red de superficies prácticas, una serie de *dispositifs* que determinan lo que cuenta como sentido, la lectura y postura del lector.<sup>27</sup> Como corolario, en repetidos encuentros entre texto y lector, el texto no se transforma continuamente, ya que el sentido textual surge, en parte, como consecuencia de nuestra familiaridad práctica con los discursos institucionalmente legitimados, es decir, con uno de los *dispositifs* antes mencionado. Por tanto, no habría por qué temer —como Eagleton— un relativismo radical en la interpretación, ya que a nivel práctico resultaría una imposibilidad.

Otra posible y quizá más sustanciosa objeción a la postura de Bennett tiene que ver con su proyecto de reinsertar el texto dentro de la historia de su consumo y reproducción. Bennett se interesa por aquellas redes de discursos y relaciones institucionales que han determinado, a través del tiempo y la historia, el sentido textual, y también le parecen políticamente cruciales las movilizaciones actuales del texto, las lecturas de hoy que se diferencian de las dominantes y que hacen que el texto *vibre* de maneras muy distintas. Estos dos aspectos constituyen la base que Bennett utiliza para distinguir entre teoría literaria (el estudio de las formaciones de lectura) y crítica literaria (la producción de lecturas en el momento actual). Además, respecto de nuestras lecturas, Bennett insiste en que «las lecturas sólo pueden ser valoradas según un cálculo hecho acerca de sus consecuencias en y para el momento actual».<sup>28</sup> Aquí se presenta el peligro, quizá, de que tanto el sentido de la historia como el sentido textual tienden hacia el momento presente, un presente sincrónico y único. Aquí se podría oponer al concepto de historia como el presente «en proceso», otra importante aproximación marxista a la historia, es decir, la historia como «pasado», el pasado que revela el presente como su producto, pero que también se diferencia del presente. La historia de la recepción del texto literario busca, en parte, demostrar cómo el texto se encuentra movilizado o apropiado para el momento actual. Pero hay otras versiones de la historia a las cuales el texto nos ofrece un acceso

<sup>27</sup> Ver Michel Foucault, «What is an author», en *Language, Counter Memory, Practice* (Ithaca, Cornell, U.P. 1977), pp. 113-38, y también «The order of discourse», en Robert Young, ed., *Untying the Text. A Post-Structuralist Reader* (London, R.K.P., 1981), pp. 48-77.

<sup>28</sup> Bennett, «Texts in history...», art. cit., p. 76.

y una oportunidad de reconocer la diferencia entre presente y pasado, la discontinuidad histórica. Por ejemplo, cuando hablan de Calderón, las respectivas series de discursos del siglo XVIII y del siglo XX nombran objetos muy distintos y los movilizan de maneras muy distintas. Y está claro que hay que tomar en cuenta estas diferencias, ya que el sentido o los sentidos constituidos acerca de Calderón no son iguales en los dos casos, ni tampoco intercambiables. Brevemente, se podría argüir que es sólo la diferencia entre pasado y presente lo que nos da la posibilidad de pensar y actuar de maneras distintas. Entonces, aunque Bennett quiere tan sólo una crítica literaria que lea sus textos desde el momento presente y con vistas a producir sentidos para el presente, también es importante guardar o retener algún concepto de «otredad», es decir, de las diferencias entre un momento histórico y otro.

Para concluir, tanto Eagleton como Bennett están de acuerdo en que lo que determina la interpretación no es el texto, sino el contexto, es decir —según la formulación de Eagleton—, aquella serie de discursos, sistemas y prácticas que hacen que ciertas lecturas sean más plausibles que otras. Esto no difiere mucho de la postura de Bennett, que afirma que el texto nunca se da una vez para siempre ni es infinitamente cambiante, sino históricamente remodelado según las determinaciones materiales, institucionales e ideológicas que acompañan su vida como texto culturalmente activo. Donde los dos teóricos discrepan es, por una parte, en la utilidad política de conservar el concepto de texto en sí mismo. Para Eagleton, abandonar este terreno, relativamente firme, sería inhabilitar al marxismo a la hora de entrar en liza en los debates críticos. Bennett diría que, en cualquier caso, tal terreno firme, como puede ser el texto, no existe como objeto ontológicamente seguro, más bien como concepto contingente construido para facilitar la intervención marxista en el debate crítico. La cuestión parece estríbar en si es políticamente ventajoso o no declarar el partidismo político de entrada diciendo: «Esta es una lectura marxista.» Por otra parte, donde también difieren bastante es en su conceptualización del contexto y sus límites. Por ejemplo, ¿cómo podemos hablar de ciertos sentidos concretos si el terreno sobre el cual fundamentamos la construcción de esos sentidos cambia constantemente? (el marxismo siempre ha sido consciente de este punto, es decir, el sentido como producto de lucha política y no de certidumbre epistemológica, aunque no siempre ha querido admitirlo). El contexto, o, si queremos, podríamos llamarlo «marco», está determinado por distintas series de requisitos coyunturales. Pero mientras que Eagleton pone énfasis en normas interpretativas socialmente arraigadas e inevitables (aquellas «formas de vida» wittgensteinianas), Bennett parece estar más atento y consciente de la variabilidad de estos «marcos» históricamente contingentes. Curiosamente, ninguno de los dos intenta teorizar plenamente los mecanismos que producen esta variabilidad.

Además, al establecer una división entre teoría literaria (el análisis de marcos de lectura) y crítica (la instalación de textos en un nuevo marco mediante nuevas lecturas) Bennett, casi sin darse cuenta, llega a reinstaurar la separación tradicional entre texto y lector, la crítica y la historia/teoría de la crítica. Y si, según Bennett, el texto siempre se encuentra instalado en un campo de batalla, uno se pregunta acerca de los posibles efectos políticos de esta supuesta lucha. En otras palabras, hablar de «lucha política» —tal como lo hacen Eagleton y Bennett— cuando nos referimos a las actividades de leer obras

literarias, escribir artículos sobre ellas y publicarlos, proporciona quizás una fachada de heroísmo revolucionario al profesor socialista, dudoso del valor estratégico, por no decir intrínseco, de su trabajo. Un problema fundamental, para los que quieren convertir la literatura en lucha política, es que sus lecturas acaban por no determinar nada ni a nadie. Una lectura postestructuralista, socialista, feminista de *El médico de su honra*, por ejemplo, podría pretender cuestionar el *establishment* liberal-humanista; pero éste muy fácilmente puede responder: «Pues sí, muy interesante, pero esto no es otra cosa que una lectura *suya*, motivada por su propia postura política». Aquí no puede haber lucha sobre el sentido del texto, porque, al fin y al cabo —y habría que reconocerlo— una lucha sólo es posible si dos posturas o más intentan ocupar el mismo espacio o terreno. Y como, en el caso aludido arriba, el texto no se ve como origen o fuente del sentido, sino como terreno para la producción de sentidos variables, varias lecturas distintas pueden coexistir muy felizmente. Si las lecturas no tienen nada en común, entonces, no tienen nada sobre qué luchar. Entonces, desde una perspectiva algo escéptica, es como si una anarquía de lecturas ineficaces se reforzara por una irrelevante política. Es posible que Eagleton tenga razón, que hay que retener el concepto de texto en sí mismo, aunque sepamos muy bien que no es más que una ficción necesaria.

**Barry Jordan**

